

OH MY A MODE

SEPTIEMBRE
2020

ISSUE 9

**ARWEN
GREY**

**¿SABES
LO QUE PASA
CUANDO DICES QUE
ME QUIERES?**

OH MY A MODE



Nada une más que compartir un placer secreto.

Reuben, periodista de deportes, llega a una revista «femenina», donde se siente como un pulpo en un garaje. Sus compañeros son unas víboras de mucho cuidado y lo reciben con los puñales por delante. Además, se enamora a primera vista de la encargada de la sección de alta costura, Victoria. ¿O no es amor? Puede que sea una enfermedad a la que todos llaman Victoritis. Porque ella es perfecta, pero simpática y buena persona no es, precisamente. Aún se siente más desubicado cuando le obligan a apuntarse a un gimnasio para grabar unos vídeos tontos sobre vida sana y ejercicio con Joanne, una de sus compañeras más excéntricas. Joanne tampoco se siente muy feliz de estar allí, pero ambos descubren algo juntos: saltarse la dieta en secreto es divertido... y también descubren algo más.

Capítulo 1

Carta de la directora: un nuevo rumbo

Hace unos meses nos dirigíamos a nuestros lectores para preguntarles qué echaban de menos, qué añoraban, qué demandaban de nosotros.

Tras un exhaustivo estudio de las peticiones, os anunciamos la nueva Oh! La mode...: más fresca, más actual, pero, sobre todo, más pegada a la realidad de nuestros lectores.

Por y para vosotros, en este primer número de esta nueva etapa, que se avecina apasionante, presentaremos secciones que estamos seguros os encantarán.

Porque nos gusta escucharos, como a vosotros os gusta leernos...

—Un poco... sentimental.

Lola Godrick clavó en el nuevo miembro de su equipo una mirada que en un tiempo no demasiado lejano le hubiera hecho temblar. Sin embargo, tal vez porque Reuben Barton provenía de la prensa deportiva y era evidente que no tenía ni idea de quién era ella, fue compasiva y sonrió. Esa sonrisa casaba, además, con su nueva imagen de accesibilidad.

La accesibilidad, ya se lo había dicho su terapeuta, era algo que apreciaba la gente de la calle. Y atraería ventas, según ese estudio de mercado que tanto dinero y lágrimas le había costado.

—No te he pedido tu opinión, querido.

Reuben sintió por primera vez el peso de su gélida sonrisa y Lola se sintió complacida al ver que se erguía en la silla, se alisaba el pantalón del traje, de pésima calidad y de un tono gris demasiado claro para su tono de piel, y comprobaba los botones de la chaqueta. Uno de ellos estaba

flojo y no tardaría en caer, sobre todo si seguía tirando de él por los nervios.

Era agradable poder soltar zarpazos de vez en cuando para que a una no le perdieran el respeto. Una cosa era pretender parecer moderna y buena persona, y otra que de verdad lo fuera.

El hombre que le habían recomendado para que ayudara a revitalizar, cual ave fénix, su revista moribunda llevaba un corte de pelo que delataba poca atención hacia su nuevo puesto y hacia sí mismo, demasiado largo y despeinado. Hacía horas que se había afeitado por última vez y llevaba la corbata torcida y arrugada, por no hablar de que era de un tejido sintético y con un estampado ridículo, con escudos con animales rugientes. Tuvo que apartar la mirada al ver que llevaba los calcetines a juego con la corbata. Un hombre con su atractivo debería haber aprendido a vestirse solo a su edad. Tal y como se había presentado, cualquiera diría que su madre todavía le escogía la ropa interior, en paquetes de ahorro y de oferta.

Reuben podía ser un genio del periodismo, o eso le habían asegurado, quizás con cierta ironía, pero no tenía ni idea de cómo vestirse. Durante unos segundos, trató de imaginárselo en el papel que ejercería en *Oh! La mode...*, pero desistió, porque estuvo a punto de sufrir un aneurisma, y ella quería morir de algo espectacular y a la altura de su importancia en el mundo de la moda, como una bomba nuclear. Tendrían mucho trabajo con él. Por suerte, podría delegarlo en otros.

El pobre hombre desentonaba tanto en su despacho decorado con estilo minimalista, pero con pequeños destellos de color, como rebeldes pinceladas que delataban su gusto por salirse de las normas establecidas, que Lola se preguntó por un instante si no se equivocaba al dar ese paso. La situación era mala en la revista, pero siempre había otras decisiones que se podían tomar, medidas desesperadas que no exigieran meter a tipos que vestían calcetines

con leones rampantes en el equipo. Cambiar el rumbo de una manera radical podía salir bien, pero también podía acabar con *Oh! La mode...* para siempre. Y eso podía ser... Prefería no planteárselo siquiera.

—Tim —dijo, sacudiendo la cabeza de un pelo negro de un tono tan oscuro que parecía absorber la luz reinante en la habitación y abriendo un cuaderno de tapas de un violento tono morado. Ante el sonido de su voz, su asistente, un joven de piel irritada y aspecto nervioso, se irguió en la silla hasta que pareció que estaba a punto de saltar—. Acompaña a Reuben a la sala de reuniones y diles que iré en unos minutos. Y comprueba que estén todos, no me gustaría tener que esperar para la presentación.

Tim se puso en pie y se colocó junto a Reuben, que lo miró desde su asiento, como si esperase una señal. Sin embargo, el joven se limitó a esperar, apretando su agenda de modo espasmódico. Con un suspiro, Reuben se puso en pie.

—Pensaba que iba usted a explicarme qué iba a hacer aquí. Porque yo no sé nada de... —señaló a su alrededor, con cierto aire de desprecio que no pudo evitar; fue una suerte que ella no lo estuviera mirando— moda.

Lola parpadeó y levantó los ojos de su libreta, sorprendida de que todavía estuviera allí y esperase su atención.

—Lo hablaremos en la reunión. —Su tono fue tan seco que él tuvo la sensación de que estaban hablando de su castigo por haber robado un pan y no de su nuevo trabajo—. Hasta luego, Reuben. Y suerte.

Los pasillos que llevaban a la sala de reuniones eran tan fríos como el despacho de Lola. La única decoración eran las portadas de los números más famosos de la revista, flores solitarias en jarrones de cristal tan frágiles que parecían a punto de deshacerse ante la más mínima vibración fuera

de onda sobre mesitas de metacrilato transparente, todo a juego con una música apenas perceptible, pero irritante.

A pesar de que el ambiente era lo que Reuben consideraría femenino de un modo casi opresivo, no había nada de dulce o acogedor en ese lugar. Era como la consulta de un dentista o como se imaginaba que sería una clínica de fertilidad para gente muy rica, lleno de luces brillantes y aterradoras, donde todo el mundo parecía tenso e infeliz.

—Antes de que te atrevas a pedirme nada, te diré que solo ella y algunos escogidos me llaman Tim. Nadie más. Por supuesto, tú no estás entre ellos. Para ti seré Timothy. Cada vez que escucho Tim es como si alguien hiciera sonar una campana en mi oído y lo odio.

Reuben se preguntó si debería reír ante esas palabras, pero Tim... Timothy no parecía considerarlas un chiste, a juzgar por su expresión seria e incluso amenazadora. Visto de cerca, pudo ver que su rostro no solo parecía irritado, sino que su piel estaba descamada y se desprendía a la altura de la frente y las mejillas, como si se hubiera escaldado. Todo el resto lucía enrojecido y con una pinta horrible.

—Tú puedes llamarme Reuben.

Timothy se detuvo, como si no esperase su respuesta o la considerase un ataque. Lo miró con los ojos entrecerrados hasta que el picor de la cara le hizo frotársela con fuerza, haciéndole perder la pose imponente.

—La gente aquí es muy profesional, Reuben, y se toma muy en serio su trabajo. —Lo miró de arriba abajo antes de volver a caminar—. Te recomiendo un cambio de armario si no quieres que te despellejen el primer día. Victoria en particular es muy especial en cuanto a la etiqueta en todas las ocasiones y, quieras o no, esto es una revista de moda, y una de prestigio. Tendrás que vestir de modo apropiado durante el tiempo que dures. Que no se note que te han contratado porque conoces a alguien que conoce a alguien. —La mirada de Tim al decir esto fue tan venenosa

que Reuben sintió deseos de soplarle en la cara para que le picase todavía más, por víbora.

Sin embargo, lo que más le molestó de todo lo que había dicho el muy idiota fue que, en efecto, estaba allí por enchufe y que no tenía ni idea de moda ni de lo que iba a hacer. Aunque, si lo pensaba bien, ahora se preguntaba si la recomendación era un favor o un castigo. Una cosa era que estuviera pasando una temporada de necesidad, pero aquello tal vez fuera caer demasiado bajo.

Joder, qué iban a decir sus colegas cuando se enterasen de que había terminado en una revista de tías.

Incómodo, pensó que no se había planteado nada de todo eso cuando había recibido la llamada de Lola ni al entrar allí. Más bien al contrario. Un trabajo era un trabajo. Un periodista tenía que estar dispuesto a hacer lo que fuera, sobre todo si era uno de los buenos como él.

Solo cuando había hablado con la jefa y con ese mequetrefe de Tim sobre su aspecto, que a él no le parecía tan malo, había visto ese lugar, y le habían empezado a asustar con lo de desearle suerte, había empezado a preocuparse. Cualquiera diría que se dirigía al matadero.

Intentando parecer elegante y guapo, Reuben se sacudió la chaqueta con nerviosismo y, al hacerlo, el botón que bailaba saltó al suelo, rodando hasta los pies de Timothy, que sonrió con algo cercano al desprecio.

La expresión «muy profesional» le había sonado a insulto, por no hablar de la sonrisa de ese joven que parecía a punto de perder la piel de la cara con solo suspirar. ¿Qué tenía de malo su traje? Le había servido durante años en su anterior redacción, en entrevistas, en giras, en ruedas de prensa, y jamás ningún jefe se había quejado. Solo faltaba que le dijera que su corbata no era adecuada.

—Y esa corbata... —añadió Timothy, como si escuchara sus pensamientos, levantando un dedo largo y esquelético para apuntar a uno de los escudos con león rampante que pululaban por el poliéster rojo.

—Oye, Tim... —Reuben le apartó el dedo de un golpe, con ganas de metérselo en un sitio donde no le haría tanta gracia—. Que sepas que esta corbata es el símbolo de uno de los equipos más antiguos y dignos de este país, así que no se te ocurra decir nada de lo que puedas arrepentirte.

Un carraspeo hizo que los dos se girasen hacia la puerta de la sala de reuniones.

Reuben sintió que lo que fuera que estaba a punto de decir moría en sus labios. Junto a la puerta, lo más cercano a un ángel caído en la Tierra lo recorría de arriba abajo con una mirada llena de curiosidad y cierta irritación, deteniéndose en la parte baja de su chaqueta, abierta por culpa del botón desaparecido.

Llevaba un traje de color claro que él no sabría nombrar y que solo podía calificar de elegante, con una falda hasta la rodilla, sin mostrar ni un centímetro más de lo debido, y con una chaqueta ceñida, pero sin llegar a lo indecoroso. Sus pies calzaban unos tacones de al menos diez centímetros. Sin ellos, seguiría siendo una mujer alta y esbelta. Su cabello era oscuro y largo, de la longitud justa para rozar los hombros, de una forma de seguro tan estudiada como todo el resto de su aspecto. Y sus ojos... en su vida había visto unos ojos como aquellos: azul oscuro, grandes, espectaculares. Y en ese momento estaban llenos de desaprobación.

Solo en ese instante fue consciente de que tal vez su traje ya no fuera tan adecuado como había creído instantes antes.

—Victoria —dijo Tim, dando un paso hacia ella, con la voz llena de ansiedad—. Este es el nuevo chico de los deportes, Reuben Barton —añadió, haciendo en su dirección un gesto que le hizo pensar que le presentaba como una maldición egipcia—. Viene recomendado.

Ella esbozó una sonrisa tirante y exenta de humor, como si eso lo explicara todo. Se agachó y recogió algo del sue-

lo. Tendió una mano y lo depositó en la palma sudorosa de Reuben.

—Creo que esto es suyo —dijo, antes de dejarlos para volver a entrar en la sala, de la que salía un coro de voces y risas digno de cualquier pub.

Reuben se miró la mano y sonrió al comprobar que se trataba del botón que se le había caído.

Mientras Tim lo dejaba solo en el pasillo, dándolo por imposible, Reuben se sintió optimista ante su futuro.

Al fin y al cabo, acababa de enamorarse.

Capítulo 2

Índice: en este número...

Reuben se removió en su silla mientras trataba de tomar todas las notas posibles, al mismo tiempo que intentaba no dar la imagen, totalmente cierta, por otra parte, de que no entendía nada de lo que se contaba en esa sala.

Al entrar casi había suspirado de alivio al ver que se trataba de una sala de reuniones normal, con una cafetera, un hervidor eléctrico, algo para picar, sillas alrededor de una mesa llena de papeles y carpetas a rebosar. Hasta ahí todo era como en el resto de redacciones donde había trabajado, solo que con una apabullante abundancia de tonos blancos y luz estridente. Lo que ya no lo era tanto era la gente que lo miraba como si fuera un infiltrado.

A Victoria ya la conocía. Le dio un vuelco el corazón al ver que lo miraba, aunque solo fuera para olvidarlo al instante. Timothy lo dejó también en cuanto se encontró rodeado de sus iguales, solo junto a la puerta y mirando a su alrededor como el niño nuevo de clase.

Nadie más se presentó, siguieron hablando como si ni siquiera hubieran notado su presencia. Al principio lo agradeció. No mucho después se sintió avergonzado y al final irritado. ¿Acaso no sabían quién era? ¡Era su nuevo compañero! ¿No deberían fingir que era bienvenido?

—Buenos días, señores. ¿Qué tenemos? —preguntó, como había hecho cada mañana al entrar en salas de reuniones como esa en sus anteriores puestos.

Pero si quería causar miradas de reconocimiento o siquiera de sorpresa, fracasó estrepitosamente. Solo Tim (en

adelante sería Tim para él, con campanas sonando en su cabeza o no) se dignó alzar la vista de lo que hacía para ignorarlo unas décimas de segundo después.

Ahogando un gruñido de frustración, Reuben traspasó el umbral, decidido a actuar como lo que era, el único redactor de aquella revista que vivía en el mundo real y que escribiría sobre cosas que les importaban a las personas normales.

Estaba a punto de sentarse en la silla libre, que era la que presidía la mesa cuando, entonces sí, se escuchó un grito unísono y aterrador, que lo dejó paralizado con el trasero rozando el asiento.

—¡Ahí no!

—Es la silla de Lola —se dignó explicarle una mujer de edad indefinida, como congelada entre los treinta y los cuarenta años, de sonrisa dulce—. No le gusta que nadie se siente ahí.

Reuben se irguió, sintiéndose el centro de todas las miradas por primera vez desde que había llegado. Desde luego, su aterrizaje estaba siendo de todo menos tranquilo.

—Puedes sentarte ahí, Reuben —dijo Tim, señalando una silla plegable colocada contra la pared, bien lejos de la directora y editora, y de la acción, dejando en evidencia que nadie consideraba que tuviera ningún derecho a estar ahí.

Hizo un esfuerzo por sonreír e hizo un gesto magnánimo en dirección al asistente de Lola, mientras se acercaba a la silla señalada, la abría, la arrastraba, haciendo que las patas chirriasen contra el suelo, y la colocaba junto a la que había estado a punto de usar, desplazándola.

Todos los presentes lo miraron como si no pudieran creer lo que acababan de ver.

Podían mirarlo como quisieran, pero lo habían contratado diciéndole que tendría un estatus especial en la revista y que sería un colaborador cercano a la jefatura. En ningún momento se lo había creído. Había escuchado eso mismo

un montón de veces y jamás había sido verdad, pero por ver esas caras merecía la pena hacer un alarde de fuerza. Por lo pronto, se sentaría al lado de la señora Godrick, le pesara a quien le pesara.

—En fin, trabajemos —declaró Reuben, uniendo las manos ante la barbilla, fingiendo una serenidad que no sentía en absoluto.

Una a una, todas las miradas se desplazaron de su cara y su inapropiada corbata hasta las carpetas llenas de documentos y fotos que tenían ante ellos. Reuben, que no tenía carpeta, sacó una libreta y un bolígrafo de un bolsillo interior de la chaqueta y comenzó a apuntar todo aquello que le pareció interesante, así como dudas que preguntaría más adelante a la mujer rubia de edad indefinida que le había hablado antes, que parecía la más simpática de todos en aquel lugar. Pocos minutos después, sudaba tinta para seguir el ritmo de las charlas. No era solo que hablaran rápido, además lo hacían en idiomas extraños.

—Todo ese artículo es tan *demodé* que no me extrañaría que Aristóteles Onassis se levantara de su tumba para posar para tus fotos —dijo con acidez un caballero con cabellos plateados e impecable pajarita con lunares blancos sobre fondo azul marino—. Además, sería lo más moderno de todo el conjunto.

Victoria se retorció en su silla, haciendo asomar una ligera arruga de disgusto a su perfecto rostro.

—Querrás decir que es *vintage*, querido Ambrose. *Demodé* es tu aroma a polvo de talco.

Ambrose emitió una risa sarcástica que hizo que Reuben sintiera simpatía por lo que fuera que había escrito Victoria. ¿Qué podía saber ese carcamal de moda y elegancia si vestía como un mamarracho?

—A todo lo que huele a naftalina de la abuela lo llaman *vintage* ahora.

—Seguro que tú de naftalina sabes un poco...

Ambrose no pareció afectado por la puñalada, sino que miró a la joven casi con cariño.

Reuben se preguntó si todas esas reuniones eran así o solo había llegado en el mejor momento.

¿Sería de mala educación salir para comprobar el correo electrónico? Esa sala podía ser muy moderna, pero la cobertura telefónica era horrible. Se aburría entre tanto duelo dialéctico en el que no le dejaban meter baza.

Apuntó con aire diligente un par de nuevas palabras en su libreta: *demodé* y, sobre todo, *vintage*. Si la habían usado tantas veces, debía de ser importante. No estaba seguro de cómo se escribían, pero lo comprobaría en cuanto saliera de allí y tuviera acceso a Internet.

A esas horas ya debería haber recibido alguna respuesta a los currículums que había enviado. Estaba claro que aquel no era su lugar.

Justo cuando estaba a punto de disculparse para salir, alguien más entró en la sala, maldiciendo por lo bajo.

Una nube de tejido azul brillante y dorado pasó junto a él, arrastró una silla y se dejó caer en el asiento, justo a su lado, sin disculparse por interrumpir.

—¿Eso que llevas es un chándal?

La mujer que llevaba la prenda deportiva se giró hacia Victoria, que la miraba de arriba abajo, a medio camino entre la estupefacción y el dolor.

—Es un Stella McCartney. Madonna tiene uno igual.

La boca perfecta de Victoria se estiró apenas en una sonrisa de desprecio.

—Eso no quiere decir que no sea horrible.

La recién llegada colocó la cabeza sobre la mano y miró a su crítica con ironía. Al hacerlo, una coleta larga y pesada cayó sobre el brazo de Reuben, que lo apartó con nerviosismo, como si cualquier contacto con una persona que le llevara la contraria a su adorada Victoria pudiera ser considerado por esta como una traición.

—Puedes decírselo a ella la próxima vez que la veas.

—Joanne, tarde otra vez. Que sea la última, sabes muy bien que, en este momento, tal y como van las cosas, no me importaría prescindir de un sueldo.

Todos se giraron hacia Lola, que acababa de entrar, acaparando toda la atención al instante. El silencio que se hizo fue tan pesado que Reuben escuchó el tictac del reloj que le habían regalado cuando ganó el Premio al Mejor Reportaje Deportivo del Año en 2015.

Joanne tuvo la decencia de avergonzarse, aunque muy pronto se repuso, sobre todo al notar a su lado la presencia de alguien desconocido y todavía peor vestido que ella.

—¿Y tú quién eres?

En otras circunstancias, a Reuben le habría hecho gracia la situación, porque ella era la única que se había dado cuenta de que ni siquiera le habían dejado presentarse, pero en ese momento lo único que quería era pasar desapercibido. O salir corriendo para no volver. Lo que doliera menos a su orgullo.

Se giró hacia ella, dispuesto a responder, y se encontró con que ella se había acercado tanto que tenía su rostro casi pegado al suyo. De cerca, sus ojos pintados con unas sombras tan estrafalarias como los tonos de su ropa, eran grandes y curiosos, de un verde oscuro que, estaba seguro, solo se podía apreciar a una distancia tan corta. Además, su boca pintada con un brillo de un rosa tan profundo que casi dolía verlo, tenía una forma extraña, como si estuviera del revés, con el labio inferior un poco más grueso que el superior, dándole un aspecto enfurruñado.

No era guapa, ni fea, o tal vez sí, era imposible saberlo con aquella cantidad de maquillaje.

—Soy... —comenzó a decir, pero lo interrumpió un carraspeo proveniente de Lola, que miró lo que hasta ese momento había sido su lugar incontestable y se sentó sin decir una palabra acerca de la silla que ahora había junto a la suya.

Con ese solo gesto, el ambiente general se relajó al instante. Reuben pensó, de un modo demasiado inocente, que Lola le había abierto las puertas de la revista de par en par y que ya nadie cuestionaría su presencia en esa sala, e incluso en ese lugar de la mesa.

—Chicos, os presento a nuestro nuevo redactor de deportes, o lo más parecido a una sección de deportes que podemos tener en una revista de moda —dijo, sin levantar la vista hacia los demás, como era evidente que era su costumbre—. En la encuesta que hicimos, y que nos costó un riñón, por cierto, la gente nos expresó su absurdo deseo de tener una sección donde ponerse en forma y mostrar las nuevas técnicas de eso... cómo se llama... como sea... Por eso decidí traer a alguien experto en deportes. Pregunté por ahí quién podría hacerlo y me recomendaron a Reuben. —Lola dio una palmada y señaló a Reuben, como si los deseos de los lectores fueran bobadas y todos se rieron con ella. Por unos segundos, se sintió como un memo allí, sentado, mientras todos lo miraban casi con lástima. Esa mujer lo hacía sonar como que lo había comprado de rebajas—. Seguro que él encuentra cosas que contar a esa gente preocupada por la licra y las mallas. Es nuevo en nuestro sector, pero estoy segura de que tiene muchas ganas de empaparse del ambiente de *Oh! La mode...*, ¿verdad, querido? —terminó, alzando la vista hacia él, con una sonrisa que Reuben consideró a medio camino entre la burla y el ánimo.

Reuben entrecerró los ojos y se preguntó si alguna vez se había sentido tan insultado, pero supuso que, teniendo en cuenta que llevaba tres meses sin trabajo y que tenía que comer y pagar su casa, quedaría feo levantarse y mandarlos a todos al carajo.

Se ajustó aquella corbata que todos odiaban, sonrió y se levantó.

—Estoy encantado de estar en... —de pronto pensó que sus conocimientos de la lengua francesa solo lo deja-